

Prólogo

Las yemas de unos dedos deslizándose por la curva de su columna vertebral despertaron a Vashti. Arqueó la espalda con una sonrisa en los labios y un ronroneo de placer, mientras se despabilaba.

—Neshama —murmuró su compañero.

Mi alma. Al igual que él era la suya.

Con los ojos todavía cerrados, Vashti se colocó boca arriba y se despezó, alzando sus pechos desnudos hacia Charron, un gesto de deliberada provocación.

El aterciopelado tacto de la lengua de él sobre su pezón la sorprendió, arrancándole una exclamación que hizo que cayera de nuevo sobre el colchón. Abrió los ojos y vio los labios de Charron, perfectamente dibujados, rodeando su rígido pezón, hundiendo las mejillas mientras se lo succionaba con deleite. Ella gimió mientras su cuerpo respondía a las caricias del hombre por el que respiraba todos los días.

Hizo ademán de estrechar su dorada cabeza contra su pecho, pero él se enderezó, y ella cayó entonces en la cuenta de que estaba de pie junto a la cama, no acostado en ella. Al observar que estaba vestido comprendió que algo había pasado.

Él contempló su cuerpo tendido y desnudo con mirada ardiente. Los colmillos que asomaban a través de su libidinosa sonrisa revelaban que él también estaba sexualmente excitado por la manera en que la había despertado.

Su corazón se aceleró al verlo sonreír de aquel modo. Le inspiraba tal torrente de emociones que le aprisionaban el pecho. Lo había perdido todo; en ocasiones aún experimentaba un dolor imaginario en la espalda

al recordar las alas que le habían arrancado. Pero Char había llenado ese vacío. Ahora lo era todo para ella, la razón por la que se levantaba cada día.

—Guarda ese pensamiento —dijo él con su voz resonante y melódica—. Siciaré tu hambre cuando vuelva.

Vash se incorporó sobre los codos.

—¿Adónde vas?

Él terminó de ajustarse las vainas de las dos katanas que llevaba cruzadas a la espalda.

—Una patrulla no se ha presentado.

—¿La de Ice?

—No empieces.

Ella suspiró, consciente del tiempo que Char había dedicado a entrenar a aquel novato; pero ese chico era incapaz de obedecer órdenes.

Char la miró antes de sujetarse la funda de una pistola al muslo.

—Sé que crees que Ice no ha demostrado ser lo bastante responsable. Sentada en el borde de la cama, balanceó las piernas.

—No es que lo que crea —respondió—. Lo ha demostrado. En repetidas ocasiones.

—Quiere complacerte, Vash. Es ambicioso. Ice no abandona su posición para divertirse. La abandona porque piensa que puede ser más útil en otro lugar. Si se le presenta la oportunidad de impresionarte, no la desaprovecha. En estos momentos probablemente está persiguiendo a un renegado o espionando a los licanos.

—Me impresionaría si obedeciera órdenes sin insubordinación. —Vash se puso de pie, se desperezó y suspiró cuando su compañero se acercó a ella y deslizó sus elegantes manos por su cintura—. Y te ha sacado de nuestra cama. Por enésima vez.

—Neshama, alguien tiene que sacarme de ella. De lo contrario, no la abandonaré nunca.

Ella le rodeó con sus brazos y recostó la cara en el chaleco de cuero que cubría su esbelto torso. Al aspirar su olor, pensó de nuevo que su

amor por él valía cualquier sacrificio. Si pudiera revivir la elección entre conservar sus alas y su amor por Charron, no dudaría ni vacilaría en repetir su «error». La maldición del vampirismo era un precio pequeño que pagar por poseerlo.

—Iré contigo.

Él ladeó la cabeza y presionó la mejilla contra la coronilla de Vash.

—Torque dice que no —contestó.

—Esa decisión no le corresponde.

Ella se separó de él, entrecerrando los ojos. Torque era el hijo de Syre, pero ella era la lugarteniente del líder de los Caídos. En lo tocante a los Caídos y a sus esbirros —en sentido colectivo, los vampiros—, sólo Syre tenía más autoridad que ella. Incluso Char tenía que acatar sus órdenes, algo que hacía con bastante dignidad, teniendo en cuenta que era un hombre que, por naturaleza, mandaba sobre otros.

—Tiene un problema con los demonios.

—Maldita sea. Debería ser capaz de resolverlo.

Sí, dar caza a demonios que perseguían a vampiros era tarea de Vash. Nadie lo hacía con más eficacia que ella, pero no podía estar en todas partes al mismo tiempo.

—Esa hembra es otra sierva de Asmodeo.

—Pues claro que lo es. Maldita sea. ¿Tres veces en dos semanas? Asmodeo nos está tocando las narices.

Eso cambiaba las cosas. Eliminar a un demonio en la línea sucesoria de un rey del infierno tenía unas implicaciones políticas que lo complicaban todo. Vash tenía fama de ser imprevisible; soportaría la presión mejor que el hijo de Syre, y sin darle tantos problemas. Y ahora estaba lo bastante cabreada como para querer resolver el asunto personalmente. Puede que fueran unos ángeles caídos, pero no eran blancos fáciles.

Char la besó en la frente y luego la soltó.

—Regresaré antes del anochecer.

—¿Antes del anochecer...? —Después de dirigir un rápido vistazo a la ventana del dormitorio, Vash lo comprendió—. Acaba de amanecer.

—Lo sé —la expresión de Char era sombría, probablemente como la suya propia.

Ice no era uno de los Caídos, como lo eran Charron y ella. Era un mortal que había sido Transformado, lo que significaba que padecía fotosensibilidad. Al margen de su entusiasta naturaleza, tendría que haber regresado antes del amanecer. Ahora tendría que ocultarse en algún sitio hasta que anocheciera o esperar a que Char diera con él. Unos cuantos sorbos de la potente sangre de Caído de Char procuraría al esbirro rebelde una inmunidad temporal para que pudiera volver a casa.

—¿Se te ha ocurrido —preguntó Vash, retrocediendo un paso—, que quizá le convenga purgar su error? ¿Cómo va a aprender si nunca tiene que enfrentarse a las consecuencias de sus actos?

—Ice no es un niño.

Vash le dirigió una mirada que contradecía esa afirmación. Puede que Ice fuera casi tan alto y fornido como Char, pero carecía de su férreo autocontrol, lo que provocaba que fuera tan impulsivo como un niño.

—Creo que proyectas sobre él unos rasgos que no tiene.

—Y yo creo que va siendo hora de que confíes en mi criterio. —Char la miró, retándola a que siguiera insistiendo. Era una mirada que nadie más se atrevería a dirigir a Vash, y no sólo debido a su rango. Aunque estimulaba su obstinación, ella admiraba que su compañero no tuviera reparos en discrepar cuando estaba convencido de algo. Era su habilidad de separar la forma en que la trataba como su jefa y la forma en que la trataba como mujer lo que había hecho que ella empezara a enamorarse de él, en una época en que la humanidad que ella había sido enviada a observar había empezado a extenderse como la pólvora en su interior.

No habría podido precisar cuándo sus sentimientos hacia él se habían hecho más profundos. Un día, Charron era tan sólo otro ángel Vigilante como ella, uno de los serafines enviados a la Tierra para informar al Creador sobre el progreso del hombre. Y al siguiente, su sonrisa la había dejado sin aliento, y su cuerpo grácil y musculoso le había provocado una tensión en el bajo vientre. Su dorada belleza —sus alas de color

dorado y crema, su piel ambarina, su cabello leonado y sus ojos azules, ardientes y penetrantes— habían pasado de ser un mero testimonio de la pericia del Creador a constituir un irresistible atractivo para el hambre que acababa de despertarse en ella.

Ocultar la atracción que sentía por él había sido una tortura, pero ella lo había hecho durante un tiempo, avergonzada de su debilidad mortal y porque no quería contaminarlo. Cuando él consiguió acorralarla, y luego seducirla, la poseyó con frenética determinación, y ella cayó rendida en sus brazos, perdiendo con ello la gracia divina, con pleno conocimiento de las consecuencias. No derramó ni una lágrima ni rechistó cuando los Centinelas, los ángeles vengadores, le extirparon las alas, transformándola en la vampira caída que era en la actualidad. No obstante, había suplicado e implorado misericordia para Charron, y había sollozado desconsoladamente cuando los ángeles vengadores le arrebataron también a él sus maravillosas alas.

Él le hizo una caricia en la cara que la arrancó de sus reflexiones, haciendo que regresara al presente y al hombre cuyos ojos relucientes y ambarinos eran los de un vampiro sin alma.

—¿Adónde vas —preguntó él con tono quedo— cuando te alejas de mí de esa forma?

En la boca de Vash se dibujó una media sonrisa.

—Me decía que es una estupidez irritarme por tu compasión y tu deseo de hacer de mentor a los novatos cuando precisamente me enamore de ti por esas cualidades. Entre otras.

Char le acarició su larga cabellera, acercando un mechón de color rojo a sus labios.

—Te recuerdo cuando volabas, Vashti. Cuando cierro los ojos, veo tu silueta recortándose contra el sol, cuya luz iluminaba tus plumas de color esmeralda. Eras como una joya para mí, con tu pelo de color rubí y tus ojos como zafiros. Cada vez que te veía te deseaba con todo mi ser. La necesidad de tocarte, de saborearte, de penetrarte me producía un dolor físico.

—¿Poesía, amor mío? —preguntó ella, aunque su tono burlón estaba empañado por una profunda emoción.

Él la conocía bien. Leía sus pensamientos con facilidad. Era su alma gemela, la mejor parte de ella. Si ella era temperamental y caprichosa, él era sensato y constante. Si ella era impaciente y se sentía frustrada enseguida, él tenía un carácter tranquilizador y pensaba en el futuro.

—Eres mucho más valiosa y deseable para mí ahora que entonces. —Él agachó la cabeza y apoyó la frente en la suya—. Porque ahora eres mía. Total y completamente. Y yo soy tuyo. Con todos los defectos y manías que te enojan.

Ella apoyó una mano en su nuca y lo besó en la boca, un beso que hizo que se estremeciera y su respiración se acelerara.

—Te amo.

Pronunció esas palabras contra los labios de él, abrazándolo con la fuerza de la dicha que la embargaba. A veces era una sensación excesiva, que la superaba y le agarrotaba la garganta con lágrimas de gratitud. Le avergonzaba la intensidad de los sentimientos que le inspiraba su compañero. Pensaba en él a cada momento del día, cuando estaba despierta e incluso cuando estaba dormida.

—Te amo, querida Vashti. —Él estrechó su cuerpo desnudo contra el suyo—. Sé que me has dado, a pesar de tus reparos, mucha libertad de acción con Ice. Ha llegado el momento de que te lo agradezca haciendo caso de tus consejos y frenándolo.

Eso era lo que ella adoraba en él: su sentido de la justicia y su capacidad de doblegarse cuando convenía.

—Tú ocúpate de él y yo resolveré el problema de Torque, y esta noche desapareceremos del mapa durante un par de días. Los dos hemos trabajado duro últimamente. Merecemos darnos un respiro.

Él la asió con una mano por el cuello con delicadeza y sonrió. Con ojos rebosantes de sensualidad y afecto, murmuró:

—Con un incentivo como ése, prometo regresar pronto a casa.

—Esperemos que Ice colabore. Quizás esté escondido en el lugar más jodidamente recóndito que cabe imaginar.

Él arqueó una ceja con gesto de reproche por su tono socarrón, pero le aseguró:

—Nada podría mantenerme alejado.

—Más te vale. —Ella se volvió y meneó al culo—. No os conviene a ninguno de los dos que salga a cazaros...

Al mediodía, Vashti entró con paso decidido en el despacho de Syre sosteniendo en la mano un recuerdo de su última cacería. El líder de los vampiros no estaba solo, pero ella no vaciló en interrumpirle. La mujer que estaba con él era una de las innumerables hembras humanas que habían llamado la atención de Syre y que la habían perdido al instante. Por más que estuvieran prevenidas, nunca creían que éste fuera realmente inalcanzable hasta que las despedía sin más miramientos. Syre era un hombre apasionado, pero el entusiasmo físico no era señal de un interés más profundo. Había perdido sus alas por amor y, posteriormente, había perdido a la mujer por la que había renunciado a ellas.

—Syre.

Él la miró con esos ojos profundos que enloquecían a las mujeres. Tenía los brazos cruzados y una cadera apoyada contra la pequeña estantería empotrada en la pared detrás de su mesa. Vestido con un pantalón negro y una corbata de seda negra que contrastaba con su camisa blanca, resultaba al mismo tiempo elegante y tremendamente atractivo. Su pelo negro como el azabache y su piel de un cálido tono caramelo le daba un aspecto exótico en un estilo imposible de catalogar. Algunos creían que procedía de Europa Oriental. Antaño, Syre había sido uno de los privilegiados, uno de los más queridos por el Creador. Vashti creía que ése era el motivo por el que su crimen había sido castigado con tanta dureza; Syre había caído desde una cumbre mucho más elevada que los otros.

—Vashti —la saludó con voz potente y cálida como el whisky—. ¿Todo va bien?

—Por supuesto.

La rubia, quien por lo visto no tenía intención de marcharse, fulminó a Vashti con la mirada, como solía hacer la mayoría de amantes de Syre. Interpretaban equivocadamente la conexión entre ella y su superior como algo más profundo de lo que era. Su relación era personal e inestimable, pero no era íntima ni romántica. Vash habría dado la vida por Syre sin pestañear, pero el amor que sentía por él se basaba sólo en el respeto, la lealtad y el hecho de saber que él también estaba dispuesto a morir por ella.

Vash sonrió a la mujer con simpatía, pero se expresó con la brusquedad que la caracterizaba.

—No lo llares; él te llamará a ti.

—Vashti —le advirtió Syre. Era demasiado caballeroso como para romper abiertamente con una mujer, aunque le habría ahorrado muchas molestas discusiones.

Ella no tenía tantos remilgos.

—Syre te deseaba, te ha conseguido y los dos lo habéis pasado bien. Eso es todo.

—¿Y tú quién eres? —replicó la bonita rubia—. ¿Su alcahueta?

—No, eso te convertiría a ti en su puta.

—Basta, Vashti. —La voz de Syre restalló como un látigo.

—Estás celosa —espetó la rubia; sus armoniosas facciones estaban contraídas en un rictus de rabia y dolor. Su arrebató emocional contrastaba con su hermoso y perfecto exterior. Su exagerada reacción desentonaba con su elegante moño, su estiloso sombrero y su traje de chaqueta, de corte femenino e impecable factura—. Te revienta que esté conmigo.

Lamentablemente, la chica no podía estar más equivocada. Vash habría renunciado a todo salvo a Charron con tal de ver de nuevo feliz a su jefe. De haber servido de algo, habría comentado que ambos, la impo-

nente rubia y el atractivo príncipe negro, formaban una pareja ideal. Pero el corazón que la esposa mortal de Syre había despertado en él había muerto con ella.

—Trato de ahorrarte muchas semanas de humillación —dijo Vash con la máxima amabilidad.

—Que te den.

—Diane —terció Syre con firmeza, enderezándose y asiéndola por el codo—. Lamento tener que poner fin tan bruscamente a nuestra agradable relación, pero no puedo consentir que nadie hable a Vashti en ese tono.

Diane abrió desmesuradamente sus ojos de un azul aciano, su boca pintada formando una O de estupor, al tiempo que Syre la sacaba trastabillando de la habitación.

—¿Y consientes que ella me hable en el tono con que lo ha hecho? ¿Cómo puedes hacerme esto?

Cuando Syre regresó, solo, su hermoso rostro mostraba un gesto sombrío.

—Se nota que hoy estás de mal humor —dijo secamente.

—Acabo de ahorrarte más de una semana de ruegos y súplicas. De nada. Lo que necesitas es una amante fija.

—Mis tendencias sexuales no te incumben.

—Pero tu bienestar mental sí —replicó ella—. Búscate alguien cuya compañía te complazca y cultívala. Deja que cuide de ti.

—No necesito complicarme la vida.

—No tienes por qué complicártela. —Vashti se sentó en una de las sillas frente a la mesa de Syre, alisando su elegante pantalón caqui—. Me refiero a una transacción comercial. Yo no lo comprendo, pero algunas mujeres son capaces de practicar sexo sólo porque les divierte. Instálala en un bonito apartamento y pásale una asignación mensual.

Syre meneó la cabeza.

—Te estás convirtiendo en mi alcahueta.

—Quizá necesites una.

—Me ofende incluso el concepto de tirarme a una mujer que se sienta obligada a complacerme.

Vashti arqueó una ceja.

—No existe mujer en el mundo que no desee hacerlo.

Incluso ella, una mujer que estaba felizmente comprometida con el amor de su vida, no era inmune al atractivo sexual de Syre. Era el tipo de hombre que impresionaba a cualquier mujer: sensual, seductor, hipnótico.

—Deja de hablar del tema.

—No. Necesitas que alguien cuide de ti, Samyaza.

El empleo de su nombre de ángel indicaba que Vashti hablaba muy en serio. Él entrecerró los ojos y la miró fijamente mientras se sentaba en la silla detrás de su mesa.

—No.

—No he dicho que te ame, sino que cuide de ti. Una persona que te prepare el café por la mañana, como a ti te gusta. Alguien que mire contigo una película antigua en la televisión, ya sabes..., que te haga compañía, que te conozca y que quiera lo mejor para ti.

Syre se reclinó hacia atrás, apoyó los brazos en los reposabrazos y juntó los dedos de ambas manos.

—A veces me piden que explique lo que significas para mí. Aún no he dado con la respuesta adecuada. Eres mi segunda, pero no eres simplemente una subordinada. Somos más que amigos, sin embargo no te miro como a una hermana. Te quiero, pero no estoy enamorado de ti. Soy consciente de tu belleza, como cualquier hombre, pero no me interesa acostarme contigo. Eres la mujer más importante de mi vida, y estaría totalmente perdido sin ti, pero jamás se me ocurriría cohabitar contigo. ¿Qué representas para mí, Vashti? ¿Qué te da el derecho a hablar de unos temas tan personales conmigo?

Vashti frunció el ceño. Describir lo que uno significaba para el otro era algo que jamás había hecho. A su modo de ver, la relación entre ambos era tan sólo... lo que era. En muchos aspectos, ella era una extensión de él.

—Soy tu mano derecha —decidió, tras lo cual le arrojó el objeto que sostenía en la mano.

Él lo atrapó al vuelo, sus reflejos rápidos y ágiles.

—¿Qué es esto?

—La mitad de un amuleto que arranqué a la sierva de Asmodeo. La otra mitad la dejé sobre el montón de cenizas en el que se convirtió cuando la maté. Cuando estaba entero, ostentaba el sello de Asmodeo.

—Le estás provocando.

Vash negó con la cabeza.

—¿Tres en dos semanas? Eso no es una casualidad. Está permitiendo, quizás incluso animando a sus subalternos a que jueguen con nosotros. Somos un trofeo, unos ángeles que fueron arrojados como basura.

—Ya tenemos suficientes enemigos.

—No, tenemos carceleros: los Centinelas y sus perros, los licanos. Los demonios posiblemente sean enemigos, si no les castigamos. Debemos tomar cartas en el asunto...

—No es así como quiero que resolvamos la situación.

—Pero así es como debemos hacerlo. Por eso me confiaste la tarea de solventar los problemas con los demonios. —Vashti cruzó las piernas—. Puedes ofrecerles una tregua con la otra mano. Yo soy la mano que los elimina.

Un ruido en el pasillo hizo que Vashti se levantara en el acto. Se dirigió hacia la puerta a una velocidad sobrehumana, adelantándose a Syre por un mero milisegundo.

Lo que vio hizo que se le helara la sangre en las venas.

Raze y Salem transportaban un cuerpo que le resultaba más que familiar. Se dirigieron hacia el comedor, donde lo depositaron sobre la larga mesa ovalada.

—¿Qué coño ha pasado? —les espetó Vashti, al entrar en la habitación y contemplar el cuerpo inmóvil de Ice. La piel del esbirro estaba ennegrecida y quemada en algunos lugares, cubierta de ampollas. Tenía la camiseta empapada de sangre, al igual que los vaqueros, hasta las

rodillas. Los desgarrones en su ropa revelaban las marcas de unas garras de lobo.

Ice extendió la mano con la rapidez del rayo, agarrándola por la muñeca. Abrió sus ojos inyectados en sangre.

—Char... Ayuda...

Durante unos instantes la habitación comenzó a girar; luego todo fue ocupando su lugar con escalofriante claridad.

—¿Dónde?

—El viejo molino. Licanos... Ayúdalo...

Tras desenvainar una de las katanas que Raze llevaba sujetas a la espalda, Vash dio media vuelta y salió a la carrera hacia el crepúsculo.

1

Elijah Reynolds estaba de pie sobre una roca, desnudo, en el bosque que rodeaba el Lago Navajo, observando cómo sus sueños ardían junto con el devastado enclave que estaba a sus pies. El humo acre y oscuro se alzaba en columnas visibles a kilómetros a la redonda

Los ángeles sabrían que había estallado una rebelión mucho antes de que llegaran a las ruinas.

A su alrededor, los licanos gritaban de alegría para celebrar su triunfo, pero él no sentía nada de eso. En su interior estaba frío y muerto, la vida que había conocido reducida a cenizas en la humeante devastación de lo que había sido su hogar. Su especialidad era cazar vampiros, y era un maestro. Trabajar para los Centinelas —la élite superior de los ángeles guerreros— le ofrecía la oportunidad de hacer lo que le gustaba. Esa inquebrantable servidumbre, aunque irritante, era un precio pequeño a pagar para hacer lo que le entusiasmaba. Pero muy pocos licanos compartían ese sentimiento, y eso los había conducido a aquella situación. Todo cuanto era importante para él había desaparecido, y lo que quedaba era una batalla por la independencia que en el fondo a él no le interesaba iniciar.

Pero estaba hecho y no podía deshacerse. Tendría que vivir con ello.

—Alfa.

Elijah crispó la mandíbula al oír ese calificativo que nunca había ambicionado. Miró a la mujer desnuda que se había acercado a él.

—Rachel.

Ella bajó la vista.

Él esperó a que la mujer dijera algo, hasta que comprendió que ella hacía lo mismo a la inversa.

—¿Ahora quieres obedecer órdenes?

La mujer enlazó las manos a la espalda y agachó la cabeza. Irritado por su falta de convicción, él se dio la vuelta. Le había explicado que una revuelta era un suicidio. Los Centinelas les perseguirían, les exterminarían. El único propósito de la existencia de los licanos era servir a los ángeles; si dejaban de hacerlo, no tenían lugar en el mundo. Pero ella no le había hecho caso. Ella y su compañero, Micah —el mejor amigo de Elijah— habían instigado a los otros a perpetrar este acto de pura y jodida estupidez.

Elijah sintió que se acercaba un licano macho antes de oírlo. Al volverse, vio aparecer un lobo dorado, que de repente adquirió la forma de un hombre alto y rubio.

—He reunido a los que poseen el instinto de autoconservación, Alfa —dijo Stephan.

Eso confirmaba las sospechas de Elijah de que algunos habían huido de la batalla sin tener en cuenta los brutales tiempos que sin duda les aguardaban. O quizás algunos de los más inteligentes habían regresado junto a los Centinelas. Cosa que él no les reprochaba.

—¿Montana? —preguntó Rachel con tono esperanzado.

Él negó con la cabeza, recordando que había prometido a Micah en su lecho de muerte que cuidaría de Rachel.

—No creo que podamos llegar tan lejos. Dentro de unas horas tendremos a los Centinelas pisándonos los talones.

Uno de los Centinelas se había alejado volando durante el conflicto, sus alas azules desplegadas mientras se apresuraba a informar de la sublevación. Los demás se habían quedado para luchar, pero las puntas de sus alas afiladas como cuchillos les ofrecían escasa protección contra el tamaño de la manada de Lago Navajo, pese a que ésta había disminuido durante los últimos meses. Los Centinelas, en notable inferioridad numérica, habían luchado hasta la muerte, sabiendo que era lo que su capi-

tán, Adrian, habría hecho y esperaba de ellos. Durante las semanas que Elijah había formado parte de la manada de Adrian, había podido observar de primera mano la tenacidad y entrega del líder de los Centinelas. Sólo una cosa podía hacer que Adrian perdiera la concentración, y ni siquiera ella podía atenuar el instinto asesino del ángel.

—Hay unas cuevas cerca de Bryce Canyon. —Elijah dio la espalda al enclave del Lago Navajo por última vez—. Nos ocultaremos allí hasta que nos organicemos.

—¿Unas cuevas? —preguntó Rachel, frunciendo el ceño.

—Esto no ha sido una victoria, Rachel.

Ella retrocedió ante el trasfondo de ira que denotaba su voz.

—Somos libres.

—Éramos cazadores y nos hemos convertido en presas. No es precisamente un avance. Nos ensañamos con los Centinelas cuando ya los habíamos derrotado. Los superábamos numéricamente en veinte a uno, les sorprendimos y no contaban con la ayuda de Adrian, quien en estos momentos se enfrenta a tal cantidad de mierda que no tiene la cabeza donde debería tenerla. Fuimos a por ellos con todas las de ganar.

Rachel enderezó la espalda, mostrando sus pechos menudos en todo su esplendor. La desnudez no significaba nada para un licano; carne o pelo, daba lo mismo.

—Y lo conseguimos.

—Sí, lo conseguisteis. Ahora confía en mí para que me ocupe del resto.

—Esto era lo que quería Micah, El.

Elijah suspiró, tragándose su ira en un torrente de pesar y dolor.

—Ya sé lo que él quería, una casa en una zona residencial, un trabajo de nueve a cinco, coches, piscina y amiguitas. Yo haría lo que fuera para concederte ese sueño... Se lo concedería a cualquier licano que lo deseara... Pero es imposible. Me habéis confiado una tarea en la que he fracasado antes de comenzar, porque es imposible triunfar en ella.

Y ellos no podían saber lo que ese fracaso le había costado. Jamás se lo revelaría a nadie. Lo único que podía hacer era tratar de sacar el máximo partido de lo que tenía y tratar de mantener con vida a quienes ahora dependían de él.

Elijah miró a Stephan.

—Quiero que envíes a equipos de dos individuos a los otros enclaves. Preferiblemente en parejas de compañeros.

Los compañeros se protegerían uno al otro hasta la muerte. En un momento como aquel, en el que los perseguirían aprovechando que estaban separados de la manada, necesitarían todo el apoyo posible.

—Comunicáselo a tantos licanos como puedas —prosiguió, moviendo los hombros para aliviar la tensión del cuello—. Adrian cortará las comunicaciones con y desde todos los enclaves: móviles, Internet y correo electrónico. De modo que los equipos tendrán que llevar a cabo la misión directamente, cara a cara.

Stephan asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—Todos tienen que retirar el dinero que tengan guardado antes de que Adrian congele sus cuentas.

Como «empleados» de la compañía de aviación de Adrian, Mitchell Aeronautics, su remuneración se depositaba en una cooperativa de crédito a la que Adrian tenía acceso.

—La mayoría ya lo ha hecho —apuntó Rachel.

De modo que al menos ella había previsto esta contingencia. Elijah le ordenó que fuera a reunir a los demás; luego se volvió hacia Stephan.

—Necesito a los dos licanos en quien más confíes para una misión especial: localizar a Lindsay Gibson. Quiero averiguar su paradero y su situación.

Stephan se sorprendió al oír a Elijah mencionar el nombre de la compañera de Adrian.

Elijah se esforzó en reprimir el imperioso deseo de localizar él mismo a Lindsay, una mujer mortal a la que consideraba una amiga, la única que

le quedaba ahora que Micah había muerto. En muchos aspectos, Lindsay era un misterio. Había aparecido en sus vidas sin previo aviso, haciendo gala de unas habilidades que ningún ser humano debería poseer y consiguiendo atraer al líder de los Centinelas mediante unas artes de las que Elijah jamás había visto ni oído hablar.

A diferencia de los Caídos, que habían perdido sus alas porque habían confraternizado con seres mortales, los Centinelas eran unos ángeles intachables. Los pecados de la carne y las veleidades de las emociones humanas eran indignos de su elevado estatus. Elijah jamás había visto a un Centinela mostrar el menor atisbo de deseo o pasión..., hasta que Adrian se topó con Lindsay Gibson y la convirtió en su compañera con una ferocidad que sorprendió a todos. El líder de los Centinelas protegía la vida de esa mujer con más afán que la suya propia, y había encomendado a Elijah su seguridad pese a saber que éste era uno de los raros y anómalos Alfas que eran rápidamente erradicados de la manada.

Fue durante el período en que Elijah se ocupó de la protección de Lindsay cuando empezó a nacer entre ellos una amistad. Les unía una camaradería tan profunda que ambos habrían dado la vida por el otro. «Yo moriría por ti», le había dicho ella en cierta ocasión. No muchas personas tenían amigos así, y ahora Elijah sólo la tenía a ella. Por más que se hubiera convertido en el licano Alfa, jamás dejaría en manos de otro la seguridad de Lindsay. Ésta había desaparecido cuando los Centinelas la custodiaban, y él no descansaría hasta cerciorarse de que no le había ocurrido nada malo.

—Quiero que la localicéis y protegáis —dijo Elijah—, empleando cualquier medio que sea necesario.

Stephan asintió con la cabeza. Aquella falta de oposición fue para Elijah el primer resquicio de esperanza que le hizo pensar que quizá tuvieran una oportunidad, entre un millón, de sobrevivir.

—Me cago en la... —Vash observó el traje protector que sostenía en la mano y sintió una punzada de terror en el vientre.

La doctora Grace Petersen se frotó un ojo soñoliento con el puño.

—No estamos seguros de cómo se transmite esta enfermedad. Más vale prevenir que curar, te lo aseguro. Es un mal asunto.

Vash se enfundó el traje, mientras intentaba desterrar de su mente el pánico que empezaba a hacer mella en ella. Se centró en recuperar las habilidades y la mentalidad con las que la habían enviado a la Tierra como Vigilante. Hacía mucho que no se enfrentaba a algo sin la mentalidad guerrera que había cultivado como vampira, pero esta era una batalla que no podía librar con sus colmillos ni sus puños.

—Tienes unas pelotas de acero, Gracie —dijo a través del receptor de sus auriculares.

—Dice la mujer que se enfrenta a adversarios del tamaño de un autobús de dos pisos.

Una vez vestidas con los trajes protectores, entraron en la antecámara sellada de la habitación de cuarentena. Cuando recibieron luz verde, pasaron a la habitación interior. Dentro, un hombre yacía sobre la mesa de reconocimiento como si durmiera, su rostro apacible y relajado. Sólo las vías intravenosas en sus brazos y el rápido movimiento de su pecho delataban su enfermedad.

—¿Qué le administras? —preguntó Vash—. ¿Eso es sangre?

—Sí, le estamos haciendo una transfusión. Lo mantenemos en un coma inducido. —Grace miró a Vash a través de su máscara; su rostro mostraba un aspecto cansado y solemne—. Se llama King. Cuando era un mortal, se llamaba William King. Ha sido mi asistente principal hasta esta mañana, cuando fue mordido por uno de los vampiros infectados que capturamos ayer.

—¿Tan rápido es el contagio de esta enfermedad?

—Depende. Según unos informes preliminares de campo, algunos vampiros son inmunes. Otros tardan semanas en mostrar los síntomas. La mayoría son como King y sucumben a las pocas horas.

—¿Cuáles son los síntomas, exactamente?

—Un hambre voraz, una agresividad irracional y una increíble tolerancia al dolor. Los llamamos espectros.

—¿Por qué?

—Porque son una sombra de lo que eran antes. Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa. Sus mentes y personalidades están destruidas, pero sus cuerpos siguen funcionando. Los que he conseguido mantener con vida unos cuantos días pierden pigmento y melanina en el cabello y la piel. Hasta sus iris adoptan un color ceniciento. Y fíjate en esto.

Grace apartó el flequillo de la frente de King con delicadeza y mano trémula.

—Lo siento, amigo —murmuró, antes de tomar un artilugio sujeto a un cable que parecía un escáner como el que utilizan las cajeras en los supermercados. Sosteniendo la muñeca de King, Grace orientó el artilugio hacia su antebrazo y lo activó, haciendo que emitiera un resplandor azul pálido. Luz ultravioleta.

Vash se acercó para examinar la piel bajo la radiación. Mostraba unas minúsculas ondas, como si el músculo debajo de ella sufriera un espasmo, pero era la única señal de irritación.

—Joder. ¿Tolerancia a los rayos ultravioleta?

—No del todo. —Grace apagó el artilugio y lo dejó a un lado—. No existe inmunidad realmente. La carne aún está llagada, pero se regenera a una velocidad acelerada. Las células dañadas de la piel se renuevan con tanta rapidez como se destruyen. Por tanto, no hay daños visibles o duraderos. Hice unas pruebas a dos de los otros pacientes que tenemos aquí. El resultado fue el mismo.

Ambas se miraron.

—No te hagas demasiadas ilusiones —murmuró Grace—. La renovación celular es lo que causa los otros síntomas. El hambre insaciable se debe a la necesidad de estimular el ingente gasto de energía que requiere la regeneración. La agresividad procede de su insaciable apetito; deben

tener la sensación de que se están muriendo de hambre constantemente. Y la elevada tolerancia al dolor se debe al hecho de que no pueden centrarse en nada más que en su necesidad de comer. No pueden siquiera pensar. ¿Has visto a un espectro en acción?

Vash meneó la cabeza.

—Son como zombis enloquecidos. El puro instinto altera la función cerebral superior.

—¿De modo que le das sangre porque si no recibe una dosis continua moriría?

—He aprendido de mis errores. Mantuve sedados a dos de los que capturamos para poder estudiarlos, porque cuando son plenamente funcionales no puedes acercarte a ellos, y se licuaron. Su metabolismo está tan acelerado, que sus cuerpos se digirieron a sí mismos. Quedaron reducidos a una papilla. No era un espectáculo agradable.

—¿Es posible que Adrian creara esto en un laboratorio oculto en alguna parte?

Al líder de los Centinelas se le había confiado la misión de dirigir a los serafines que formaban la unidad de operaciones de élite que habían despojado a los Caídos de sus alas. Utilizando a licanos como perros guardianes, Adrian había impedido que los vampiros se expandieran hacia zonas más pobladas. El resultado había sido una represión tanto territorial como financiera.

—Todo es posible, pero yo no habría hecho ese salto. —Grace señaló a King—. No me imagino a Adrian haciendo esto. No es su estilo.

A decir verdad, Vash tampoco se lo imaginaba. Adrian era un guerrero de los pies a la cabeza. Si quería luchar, lo hacía cara a cara y mano a mano. Pero tenía mucho que ganar si la nación de los vampiros acababa extinguiéndose. Su misión habría concluido y podría abandonar la Tierra, junto con su dolor, su miseria y su inmundicia. Suponiendo que quisiera abandonarla ahora que tenía a Lindsay, una compañera que no podría ir con él.

Vash suavizó el tono y dijo con sinceridad:

—Lamento mucho lo de tu amigo, Gracie.

—Ayúdame a encontrar un remedio, Vash. Ayúdame a salvarlo a él y a los otros.

Por eso había venido, ése era el motivo por el que Syre la había enviado. Habían recibido informes de brotes de la enfermedad en todo el país. El contagio era tan rápido que se estaba convirtiendo en una epidemia.

—¿Qué necesitas?

—Más sujetos, más sangre, más material, más personal.

—Hecho. Desde luego. Dame una lista.

—Esa es la parte fácil. —Grace cruzó los brazos y miró de nuevo a King—. Necesito saber dónde apareció por primera vez el Virus de los Espectros. En qué zona del país, en qué estado, en qué ciudad, en qué casa, en qué habitación de esa casa. Hasta el último detalle. Macho o hembra. Joven o viejo. Raza y complexión física. Necesito que localices a la primera persona que contrajo la enfermedad. Luego necesito que encuentres a la segunda. ¿Conocía a la primera? ¿Vivían en la misma casa? ¿Compartían el mismo lecho? ¿O apenas existía una relación entre ellas? ¿Eran parientes consanguíneos? Luego, localiza a la número tres, cuatro y cinco. Hablamos de seis grados de separación que se han ido al traste. Necesito reunir datos suficientes para establecer un patrón y el lugar de origen.

Vash, que de pronto sintió que se asfixiaba en el traje protector, se encaminó hacia la puerta. Grace se reunió allí con ella y tecleó el código que hacía que se abriera la puerta de la antecámara.

—Vas a necesitar un montón de recursos humanos —murmuró Vash, mientras seguía el ejemplo de Grace y se colocaba sobre un círculo pintado en el suelo. Un tubo en el techo vertió un líquido pulverizado que envolvió su traje en una fina bruma.

—Lo sé.

Había decenas de miles de esbirros, pero su intolerancia a la luz del sol mermaba su utilidad. Los Caídos originales no tenían esa incapacidad, pero eran menos de doscientos. Demasiado pocos para procurar a

los esbirros la sangre que les proporcionaría una inmunidad temporal. Y no los suficientes para patearse todo el país y llevar a cabo la tarea necesaria en el menor tiempo posible.

Después de quitarse el traje protector, Vash movió los hombros para desentumecerlos y se puso a reflexionar. Los informes iniciales sobre la enfermedad habían aparecido al mismo tiempo que el amor perdido de Adrian. Si lograba establecer una cronología de los hechos, podría saber si el líder de los Centinelas era culpable o no.

—Haré lo que sea necesario.

—Sé que lo harás. —Grace dejó de revolverse su alborotado pelo rubio y la observó—. Aún vistes de luto.

Vash bajó la vista y miró su pantalón de cuero negro y chaleco a juego y se encogió de hombros. Al cabo de sesenta años, el dolor aún persistía, recordándole que había jurado vengar el brutal asesinato de Charron. Un día daría con un licano que pudiera proporcionarle la información que necesitaba para seguir la pista de los asesinos de Char. Sólo confiaba en que ocurriera antes de que los responsables murieran de viejos o durante una cacería. A diferencia de los Centinelas y los vampiros, los licanos tenían una fecha de caducidad mortal.

—Vamos a por esa lista —dijo con firmeza, dispuesta a enfrentarse a la monumental tarea que tenía ante sí.

Después de mirar el vídeo hasta el final, Syre se levantó con un movimiento ágil y rápido.

—¿Qué opinas de esto?

Vash se sentó en la silla frente a la mesa de Syre y colocó las piernas debajo de su trasero.

—Estamos jodidos. No tenemos efectivos suficientes para atacar esto tan rápidamente como el virus..., el Virus de los Espectros, según lo llama Grace... No disponemos de los recursos para enfrentarnos al virus con la misma rapidez con que se está extendiendo.

Él se pasó una mano por su cabello negro y espeso y maldijo.

—No podemos dejarnos derrotar por esto, Vashti. No después de lo que hemos pasado.

El dolor del líder de los Caídos era una fuerza tangible en la habitación. De pie frente a las ventanas que daban a la calle Mayor de Raceport, Virginia, una población que él había construido de la nada, parecía soportar sobre sus hombros el peso del mundo. No eran sólo los problemas a los que se enfrentaban lo que le hundía. Aún guardaba riguroso luto, llorando la pérdida de su hija tras siglos rezando para que regresara. Esa pérdida lo había trastornado. Nadie más se había percatado todavía, pero Vash lo conocía demasiado bien. Algo había cambiado en él, como si en su interior se hubiera activado un extraño mecanismo. Se mostraba más duro, menos flexible, y eso se veía reflejado en las decisiones que tomaba.

—Haré cuanto esté en mi mano —le prometió ella—. Todos lo haremos. Somos luchadores, Syre. Nadie tirará la toalla.

Él se volvió hacia ella, su hermoso rostro contraído en un rictus feroz.

—Mientras estabas con Grace recibí una llamada muy interesante.

—¿Ah, sí?

El tono y el brillo de la mirada de Syre la alarmaron. Conocía esa expresión, sabía lo que significaba: que estaba decidido a seguir el rumbo que se había marcado aun sabiendo que hallaría resistencia.

—Los licanos se han sublevado.

Vash sintió una dolorosa tensión en su columna vertebral, como sucedía siempre que hablaban de los perros de los Centinelas.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—La semana pasada. Supongo que la preocupación de Adrian por mi hija fue considerada como una ocasión de oro para sublevarse. —Syre cruzó los brazos, flexionando sus poderosos bíceps con ese gesto. Adrian se había sentido atraído por Lindsay Gibson porque era la última encarnación de Shadoe, la hija de Syre, y el amor de su vida. Al fi-

nal, Lindsay había conquistado tanto el corazón de Adrian como el derecho a su propio cuerpo, dejando a Syre hundido en el dolor por la pérdida de su hija y a Adrian un tanto descolocado—. Los licanos nos necesitarán si quieren seguir libres, y al parecer nosotros también los necesitamos a ellos.

Ella se levantó de la silla.

—No lo dirás en serio.

—Sé lo que te pido.

—¿De veras? Esto equivale a pedirme que trabaje con Adrian, sabiendo que él es la razón de que tu hija haya desaparecido. O que yo te proponga que colabores con el demonio que mató a tu esposa.

Syre emitió un lento y profundo suspiro, haciendo que su torso se expandiera.

—Si la suerte de todos los vampiros del mundo dependiera de que yo lo hiciera, no dudaría en hacerlo.

—A la mierda tú y tu sentimiento de culpa. —Las palabras brotaron de sus labios antes de que Vash pudiera reprimirlas. Al margen de lo que Syre significaba para ella, ante todo era su superior—. Lo siento, comandante.

Él despachó su preocupación con un ademán impaciente.

—Me resarcirás localizando al licano Alfa y ofreciéndole una alianza con nosotros.

—No hay licanos Alfa. Los Centinelas se han encargado de ello.

—Tiene que haber uno o la revuelta no habría prosperado.

Ella empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación; los tacones de sus botas emitían un rápido *staccato* en el suelo de madera.

—Envía a Raze o a Salem —sugirió, ofreciéndole a sus dos mejores capitanes—. O a los dos.

—Tienes que ser tú.

—¿Por qué?

—Porque odias a los licanos y tu reticencia ocultará nuestra desesperación. —Syre rodeó la mesa, se sentó en el borde delantero y cruzó sus

largas piernas a la altura de los tobillos—. No podemos darles ventaja. Tienen que creer que nos necesitan más de lo que nosotros los necesitamos a ellos. Y tú eres mi segunda. El hecho de enviarte a ti transmite un potente mensaje sobre la seriedad con la que estoy dispuesto a tomarme la alianza que les ofrecemos.

La perspectiva de trabajar con licanos suscitó en ella una ira que nubló la vista. ¿Y si se daba la circunstancia de que tenía que trabajar junto a uno de los que habían destrozado a Charron? ¿Y si salvaba la vida a uno de ellos, pensando que era un aliado? Era tan perverso que Vash sintió una opresión en la boca del estómago.

—Dame tiempo para lidiar con el tema por mi cuenta. Si no consigo nada dentro de un par de semanas, volveremos a hablar de ello.

—Para entonces Adrian quizás haya exterminado a los licanos. Tiene que ser ahora, mientras están en inferioridad de condiciones. Piensa en la rapidez con que podríamos empezar a investigar con miles de licanos a nuestra disposición.

Ella siguió paseándose de un lado a otro de la habitación a una velocidad que a los mortales les habría costado seguir.

—Dime que tu petición no tiene nada que ver con tu odio por Adrian.

Syre esbozó una media sonrisa.

—Sabes que no puedo. Quiero machacar a Adrian cuando lo hayamos derrotado. Por supuesto. Pero ése no es el único motivo por lo que te pido esto, sabiendo el esfuerzo que representa para ti. Significas para mí más que eso.

Vash se detuvo bruscamente y se acercó a él.

—Lo haré porque tú lo ordenas, pero no dejaré a un lado la venganza que se me debe. Utilizaré esta oportunidad para buscar a los culpables de la muerte de Charron. Cuando utilice esa información, no se me considerará responsable de las consecuencias. Si eso no te parece aceptable, les presentaré tu oferta de alianza y me marcharé.

—No harás tal cosa. —El tono grave de Syre denotaba una adverten-

cia—. Te apoyaré, Vashti. Lo sabes. Pero en este momento, la urgente necesidad de la nación vampírica debe ponerse por delante.

—De acuerdo.

Él asintió con la cabeza.

—La revuelta se inició en el enclave de Lago Navajo. Empieza por Utah. No pueden haber llegado muy lejos.